

gunas ideas principales expuestas en el libro: Reynolds, Delacroix, Gris, Gill y Ozenfant, algo que también hacen de modo ejemplar el centenar largo de ilustraciones a las que Étienne Gilson ha ido haciendo referencia a lo largo del volumen.

JOSÉ MANUEL LOSADA GOYA, UCM

L'HISTOIRE LITTÉRAIRE: SES MÉTHODES ET SES RÉSULTATS. MÉLANGES OFFERTS À MADELEINE BERTAUD, réunis par Luc Fraisse, Genève: Droz, «Histoire des idées et critique littéraire», n.º 389, 2001, xvi+869 pp. ISBN: 2-600-00469-6.

Este libro constata a lo largo de sesenta artículos la reciente rehabilitación de la historia literaria tanto en la enseñanza como en la crítica: aún hay muchas aportaciones por hacer. Las contribuciones estudian los métodos principales de esta disciplina y los desarrollan mediante casos centrados en la historia literaria desde la Edad Media hasta el siglo XX.

En lo relativo a la batalla crítica, llama poderosamente la atención el talante de buena parte de los colaboradores: desechando una postura defensiva, desde el principio pasan al ataque, desenmascarando sin complejos las falsedades que antaño les asestara la Nueva crítica. Así la «obertura» del compilador: recuerda Luc Fraisse que la *Nouvelle critique* consiguió tambalear a quienes gobernaban los estudios de historia literaria; pero aún no se ha logrado explicar por qué la historia literaria ha sobrevivido a este terremoto, por qué la historia literaria sale airosa tras esta batalla. El presente libro pretende dar cuenta de ello: la racionalidad, la claridad, la búsqueda de correlaciones, el gusto de las investigaciones exhaustivas, el apetito de exactitud documental, por el principio de realidad, esto es, por el principio del empirismo sobre el apriorismo (p. 11). Otro tanto hace W. J. A. Bots en su artículo sobre Du Bellay, arremetiendo desde el inicio sin miramientos contra la prepotencia del estructuralismo en los años cincuenta y su vocabulario sofisticado (pp. 73 y 77). El artículo de Laurent Versini recuerda que reducir la historia literaria a una mera compilación de fechas, fuentes e influencias es una burda caricatura de la historia literaria y que esta disciplina es indisociable del estudio de las mentalidades, de la historia de la civilización, y desemboca en la historia del espíritu humano (p. 190).

No se limita este libro al pasado, a retomar las polémicas, sino que propone el lento trabajo de asimilación de donde han de nacer nuevas formas. No obstante aparecen replanteamientos de cuestiones aún no cerradas: el duelo protagonizado por Raymond Picard y Roland Barthes en torno a Racine (*vid.* art. de Noémi Hepp), las disquisiciones sobre la pertinencia de la terminología científica en lo relativo a la historia literaria (Édouard Guittou), la importancia de

las lenguas clásicas en el estudio de la literatura: no en vano el latín está en el origen del nacimiento de la historia literaria del siglo XIX (Jean-Louis Girard).

Uno de los grandes retos con los que se enfrenta la historia literaria es el ensanchamiento conflictivo de su objeto de estudio. Es lógico: ya no se puede limitar, como en el pasado, a estudiar exclusivamente los escritores y sus textos: se interesa por la actividad intelectual de una época, a través de sus formas simbólicas, sus discursos y sus medios de comunicación. Por ejemplo, compete a la historia literaria introducirse en el campo del libro, la imprenta y la edición (estudio de Jean Balsamo sobre Abel L'Angelier). El estudio de los medios literarios se encuentra en la convergencia de la investigación de diversas críticas: sociopoética, sociocrítica, crítica genética, temalogía, historia de la crítica... Como declara Roger Marchal, este estudio, convenientemente adoptado, supone una herramienta de primer orden para la nueva historia literaria. Analizando la obra de Fontenelle o de Dubos, en las primeras décadas del siglo XVIII, descubrimos los antecedentes de la crítica preocupada por explicar la génesis de la obra gracias a los factores exteriores que la condicionan (p. 241). Aquí tiene su fuente el determinismo físico, fisiológico y político que tanto influirá posteriormente en la crítica de Sainte-Beuve y Taine. El objetivo de estos métodos, antiguos pero siempre actuales, es evidente: dotar a la historia literaria del carácter científico que algunos representantes de otras disciplinas han querido negarle.

Entre los artículos dedicados al siglo XVII, de especial interés es el artículo de Cecilia Rizza sobre el Barroco: a partir de reflexiones llevadas a cabo en estas décadas demuestra que la problemática en torno a esta categoría literaria ha servido —y puede seguir sirviendo— para avanzar en el conocimiento de la literatura. El de Jean-Pierre Landry tiene la originalidad de presentar las carencias de los estudios actuales sobre los predicadores del siglo XVII; algo que también se propone Alain Couprie con su artículo «Corneille devant l'histoire littéraire»: ¿de dónde vienen las reticencias hacia una de las grandes figuras de la dramaturgia francesa? Estamos viendo que la tarea de pasar revista ocupa un lugar preferente en la historia literaria. Al igual que Cecilia Rizza y Jean-Pierre Landry, Roger Duchêne acomete esta empresa en lo relativo a la biografía. Va al fondo de la cuestión («En vérité, toute biographie est une imposture. Elle repose sur une substitution d'identité»); tras desarrollar esta idea en función de coordenadas narratológicas, describe la necesidad que la literatura tiene de biografías y la ejemplifica mediante dos de ellas: de Madame de Sévigné y Ninon de Lenclos; también habla de biografía y autobiografía el artículo de Helena Shillony. Sobre Madame de Sévigné versa el artículo de Éric Francalanza; la novedad de sus páginas reside en que estudia a su autora desde su recepción en el siglo XVIII. Los estudios de literatura comparada han avanzado mucho gracias a los descubrimientos que historiadores de la literatura han proporcionado. Un botón de muestra: la imagen que Voltaire nos dejó de Madame de Sévigné no era la común de su siglo, como demuestran los escritos del enciclopedista Suard.

Recientes trabajos de historia literaria van mostrando una nueva faceta del romanticismo francés (proponemos «nueva» porque nos parece exagerado decir, con Jacques Landrin, la «verdadera faz del romanticismo», p. 285). Así lo declaran especialistas como Pierre-Georges Castex y Madeleine Ambrière. En efecto, frente al excesivo énfasis en los aspectos pintorescos y sentimentales, la rejuvenecida historia literaria nos ofrece una imagen diferente, enriquecida por documentos nuevos y la diversificación metodológica. La historia literaria también puede mostrar que pocas cosas nuevas hay bajo el sol. Ya la crítica del XIX se proponía estudiar problemas como el de los objetivos de la crítica, la renovación de los géneros literarios y la confrontación del sentido común y la imaginación (Lise Sabourin). En el XX, la historia literaria permite comprender la disociación entre las ensoñaciones espiritualistas (el *Cantar de los cantares* según la interpretación cristiana) y la grandeza del espíritu moderno (el *Cantar de los cantares* según Ernest Renan). Una reconstitución filológica partidaria de la historia literaria reconocerá, por ejemplo, en la obra de Renan el gusto burgués del segundo imperio francés (Dominique Millet-Gérard).

La atribución de las obras es tarea donde la historia literaria es reina: sin sus estudios eruditos —tantas veces ingratos por lentos y poco reconocidos— aún permanecerían en el anonimato, cuando no serían objeto de error, tantos textos literarios. El artículo de Frédéric Deloffre sobre la crítica de atribución es altamente sugerente puesto que expone una larga serie de reflexiones sobre obras anónimas o erróneamente atribuibles con las que se ha ido encontrado a lo largo de su dilatada carrera investigadora. Parte de un hecho: frente a la ciencia empírica, la historia nunca se puede demostrar; lo cual no impide que, en historia literaria, podamos aceptar como «verdaderos los hechos que implican un grado de convicción equivalente a una certidumbre» (p. 247). Pasa luego revista a las «pistas» externas y a los criterios de fondo y forma. Todo ello, irónicamente, para dejar sentado que lo importante es ir al texto, leerlo una y otra vez, conocer el resto de la obra del autor «supuesto». En estas investigaciones hay también una gran dosis de «suerte», pero la suerte suele estar de parte de quien la busca. Por estos derroteros corren varios artículos: el de Hubert Carrier sobre siete controvertidas *mazarinades*: ¿son o no son de la mano de Cyrano de Bergerac? El de Rosa Galli Pellegrini expone los avances hechos en los últimos años en lo relativo a la atribución de ciertas obras a los hermanos Scudéry. Más descriptivo —pero útil por la erudición que encierra— es el artículo de François Moureau sobre la prensa en el siglo XVII.

No faltan partidarios de la *Nouvelle critique* convencidos de que los estudios de fuentes están periclitados: por su insoportable tradicionalismo, por su confusión de texto y contexto, por su olvido de lo propio de la obra frente a la búsqueda de los orígenes, por su rechazo del trabajo estructurador del lector en las obras, etc. A este respecto, el interesante artículo de Luc Fraisse llama la atención sobre los méritos de los estudios que indagan las fuentes de la producción literaria. Pone el ejemplo probador de Proust, harto más convincente cuanto que este mismo autor se empleó en un ataque a la historia literaria de su

momento. Otro tanto acomete en su artículo Michel Lioure con Valéry, especialmente severo contra Taine y Sainte-Beuve. Valéry nos previene del recurso abusivo a la biografía; lo cual no fue óbice para que el mismo Valéry practicara y justificara los procedimientos de la historia literaria.

El resultado es concluyente: la historia literaria continúa siendo una disciplina indispensable de los estudios literarios. El terremoto producido por la Nueva crítica supuso una serie de interrogantes que a lo largo de los años no han quedado sin respuesta. Es más, el cuestionamiento al que se ha visto sometida ha ayudado en gran medida a que la historia literaria haya salido fortalecida tras un purgatorio de reforma y actualización.

JOSÉ MANUEL LOSADA GOYA, UCM

FRANK GREINER & VÉRONIQUE STERNBERG, «*L'Histoire comique de Francion*» de Charles Sorel, Paris: Sedes / HER, 2000, 192 pp. ISBN: 2-7181-9333-6.

Frank Greiner y Véronique Sternberg ofrecen en primer lugar el contexto de la obra: sitúan el autor y los acontecimientos narrados, el horizonte de expectativas, el éxito de la novela. Desde el punto de vista de la génesis de la novela, abordan un estudio textual de las diferentes ediciones (1623, 1626 y 1633), comparación que persigue dos objetivos: constatar una progresión en la enunciación (más brusca al principio, más suave después) y estudiar la estrategia de la mistificación literaria. Se introducen así en la dinámica autor / lector: el autor busca de modo voluntario una ambigüedad, como lo manifiesta la falta de una demarcación neta entre prefacio y relato propiamente dicho.

*Francion* se presenta como un «espejo de la vida», como imagen de la vida humana (p. 39). Es algo que también encontramos en Molière; como el gran comediante y frente a lo habitual en su época, Sorel exagera los trazos para obtener mayor verosimilitud. Pero la novela no es sólo la vida, ni tampoco el agrado del lector: partidario de la instrucción, Sorel no duda en prestar alcance ético a su libro.

Merece especial atención el capítulo III, centrado en el realismo. Estudian los autores los elementos de una estética realista bajo sus diferentes aspectos: el cómico, el testimonio realista y la crítica. Como cabía esperar, el análisis del realismo desemboca en una profundización sobre la novela picaresca. Los autores tienen razón en preguntarse si *Francion* es una novela picaresca. Para ello recurren a los criterios elaborados por Leiner sobre toda novela picaresca (anécdotas, ideas, fórmulas, marginalidad del protagonista...). Al final de su periplo sostienen una «interpretación o reformulación soreliana de lo picaresco» (p. 84), una «superación» conducente al nacimiento de un nuevo género: la historia cómica (p. 90), cuyas manifestaciones son, entre otras, el libertinaje de lo picaresco (p. 85), la tendencia a la aventura amorosa (p. 87) y el ánimo optimista de su época (p. 88).